

Contexto cultural anterior a 1939

1. La Crisis de Fin de Siglo

El final del siglo XIX y el comienzo del XX está dominado por el **sentimiento de angustia** y la crisis de los valores tradicionales. Las causas de este sentimiento son múltiples y complejas, pero pueden concentrarse en tres aspectos principales: la incertidumbre científica, la crisis del pensamiento filosófico y la conflictividad social.

Durante el siglo XIX la ciencia se había convertido en la herramienta de la que el ser humano se valía para explicar el mundo y sus problemas. Sin embargo, los descubrimientos científicos y teorías aparecidas a finales del siglo **acabaron con la fe del hombre contemporáneo en la ciencia** para explicar el universo. El científico del siglo XX, en consecuencia, ya no aspirará a alcanzar la verdad con sus teorías, sino que se limitará a demostrar su utilidad. Por otra parte, el progreso técnico nacido del desarrollo científico era una realidad evidente que los intelectuales de principios del XX vieron en ocasiones como una amenaza. Junto a los aspectos positivos derivados del progreso, los escritores se ocuparon también de sus consecuencias negativas: contaminación, armamentismo, deshumanización, desigualdad, ultracapitalismo, etcétera. Esta visión negativa cristalizó en el nacimiento del género de la ciencia-ficción, en el que es habitual encontrar la insatisfacción humana causada por un progreso fuera de control.

La filosofía del siglo anterior, especialmente el positivismo de Augusto Comte, se había concentrado en la búsqueda de la verdad a través de dos herramientas: la razón humana y la experimentación. Sin embargo, los filósofos irracionalistas —Kierkegaard, Nietzsche y Schopenhauer— negaron la posibilidad de alcanzar esa verdad y **orientaron su pensamiento hacia el intento de explicar la vida humana**, cosa que no podía hacerse desde posiciones racionalistas. El resultado de esta propuesta fue la desaparición de una respuesta única a los grandes problemas humanos y el nacimiento de diversas corrientes de pensamiento que se centran en el sinsentido de la vida o que proponen vías para justificar la existencia humana.

La tercera causa de angustia está relacionada con la sociedad. La Revolución industrial, como vimos en la unidad anterior, aumentó la desigualdad entre la clase obrera y la burguesa y favoreció el nacimiento de opciones políticas que se propusieron luchar contra dicha situación. En el siglo XX **los conflictos entre obreros y empresarios se multiplican**, hasta alcanzar su punto culminante en la Revolución rusa de 1917 y en un reguero de revueltas populares y discusiones políticas de uno y otro signo.

Las **consecuencias de la crisis de fin de siglo** se observan en tres actitudes diferentes de los escritores e intelectuales. Algunos dedicaron sus obras a la expresión y el **análisis de la angustia**, especialmente centrados en las cuestiones religiosas y existenciales: sentido de la vida, silencio de Dios ante el sufrimiento humano, el tiempo y la muerte como presencia constante. Otros artistas, en cambio, se propusieron luchar contra aquello que provocaba la angustia y **denunciaron la situación social** y la opresión del ser humano. Finalmente, hubo escritores que intentaron evadirse de la insatisfactoria realidad y **se concentraron en la propia creación artística**, eludiendo las cuestiones religiosas, existenciales y sociales.

En las primeras décadas del siglo XX, la crisis espiritual alcanza en **España** un nivel muy elevado. A las razones genéricas expuestas con anterioridad hay que añadir las peculiaridades de un país que venía de un siglo XIX marcado por la inestabilidad política y el enfrentamiento entre dos ideas contrapuestas de nación, la que se cerraba a todo lo que procediera del extranjero y aquella otra que clamaba por acometer las reformas necesarias para la modernización del país. Deben sumarse también algunos acontecimientos de capital importancia: la guerra hispano-norteamericana que culmina en 1898 con la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas; la corrupción del sistema político inaugurado con la Restauración de la monarquía borbónica en 1874; los conflictos armados en Marruecos encaminados a mantener el resto del imperio

colonial español; y las revueltas populares, en especial la conocida como Semana Trágica de Barcelona de 1909. La suma de todos estos hechos explica que la práctica totalidad de los intelectuales y artistas del momento orienten sus obras, en mayor o menor medida, hacia el **«tema de España»**, para explicar las causas de la decadencia, denunciar el caos sociopolítico y defender la necesidad perentoria de transformar el país en todos sus órdenes.

Pese al debate constante entorno a estas cuestiones, lo cierto es que la situación sociopolítica no cambió sustancialmente durante las primeras décadas del siglo XX, ni siquiera a raíz del progreso económico derivado de la neutralidad de España en la I Guerra Mundial (1914-1918). El frágil e imperfecto sistema democrático ideado por Antonio Cánovas del Castillo en 1876 terminó con las dictaduras militares de Miguel Primo de Rivera, Dámaso Berenguer y Juan Bautista Aznar-Cabañas (1923-1931), a las que sucedió la proclamación de la II República el 14 de abril de 1931. Para entonces, la mayor parte de los escritores que protagonizaron el cambio de siglo en España habían renunciado ya a sus ilusiones transformadoras y se concentraban en cuestiones religiosas y existenciales.

2. El mundo en el período de entreguerras

La Primera Guerra Mundial (1914-1918) trajo diversas e importantes consecuencias para el mundo occidental en el terreno sociopolítico y en el de las ideas. En primer lugar, el fin de la contienda supuso la **reorganización del mapa político** internacional: desaparecieron antiguos imperios, como el austrohúngaro o el turco, o se truncaron las aspiraciones expansionistas de otros, al tiempo que nuevas naciones se situaban en una posición de hegemonía internacional, como fue el caso de Estados Unidos. El nuevo mapa político dejó insatisfechos a algunos países, convirtiéndose así en el germen de la futura Segunda Guerra Mundial.

Tras la contienda bélica, el corazón económico del mundo pasó de Europa a Estados Unidos, cuyo crecimiento económico durante la década de los veinte generó la idea de vivir un periodo de bonanza material jamás alcanzado por la humanidad. Sin embargo, el **hundimiento de la Bolsa de Nueva York en 1929** arrastró al mundo a una crisis económica generalizada que propició la reapertura de viejas heridas y acabó con la falsa idea de prosperidad.

Entre esas heridas no cerradas debidamente ha de destacarse el **conflicto ideológico** que latía en el seno de las sociedades occidentales entre las posiciones revolucionarias y las conservadoras. La Revolución rusa de 1917 había llevado al poder al partido comunista, defensor de las aspiraciones del proletariado y enemigo de unas democracias burguesas que consideraba corruptas y desiguales. Alimentados por la expansión de las propuestas marxistas y por la crisis económica surgieron los fascismos, que llegaron al poder primero en Italia (1922) y después en Alemania (1933). Entre ambos bandos se encontraban unas democracias liberales débiles que sorteaban como podían las erupciones de violencia.

Aunque **España** se mantuvo neutral durante la Primera Guerra Mundial, no por ello estuvo al margen de lo que se vivía en Europa. También en nuestro país se vivió un breve periodo de bonanza económica que permitió acometer algunas reformas modernizadoras, aunque la llegada de la crisis, la constante conflictividad social y, sobre todo, la fragilidad y corrupción del sistema político condujeron a la Guerra Civil (1936-1939) y al fin de las ilusiones democráticas. El clima de optimismo y despreocupación que se vivió durante la década de los veinte explica la aparición de un arte joven, concentrado en sí mismo y que olvida la angustia existencial y los problemas sociales habituales en los primeros años del siglo. No obstante, en la siguiente década la realidad social y humana acabará imponiéndose y el arte se teñirá de contenido político.